



Microrrelatos de Cuaresma

I

Cada noche, Gustavo se acusaba ante el silencio y ante Dios, no sabía distinguir muy bien. El caso es que ninguna de las justificaciones que, de cuando en cuando aparecían por su mente, lograban calmarlo. Había construido en torno a sí un cerco de espinas que desgarraban su carne y herían constantemente a los demás, y no sabía cómo salir por mucho que se lo proponía.

Se había convencido de que nunca sobreviviría a su propio Mr. Hide, aunque cada día iniciaba una lucha sin cuartel contra sí mismo, incluso si sabía que iba a perder. Sin embargo, sin saber cómo, sus heridas empezaron a dejar de supurar desolación y comenzaron a proyectar una luz que le hacía percibir el sufrimiento de los que le rodeaban y a envolverlo con un gesto de ternura interior. Desde entonces afirmaba que Dios le había resucitado.

II

Cada día Moisés subía la cuesta que llevaba al Instituto de Investigación Biomédica donde trabajaba desde hacía años. Buscaba, sin apenas resultado, un reactivo que sacara de su escondite aquel virus que no dejaba de llevarse gente por delante.

Día tras día, mes tras mes, todo quedaba en nada. Parecía haberse especializado en descubrir callejones sin salida. Y luego estaba el peso de la gente que lo veía pasar y le echaba en cara que se comían sus dineros sin darles nada a cambio.

Fue al caer de una tarde, mientras la noche se comía el día, cuando la señora de la limpieza le vio sentado, con su bata blanca, solo y llorando silenciosamente. Cuando le preguntó si le pasaba algo, él levantó la cabeza y, aunque las lágrimas corrían por su cara, su sonrisa lo iluminó todo. Y no hubo nada más que decir.

III

De repente se dio cuenta de que Dios apenas si era algo más que el rey en su juego de ajedrez. La figura más importante de su composición del mundo. Sabía hablar de él, relacionarlo con las demás figuras en sus juegos mentales, asombrarse de la lógica y las inmensas posibilidades de movimientos que se daban en torno a él. Pero, aun así, Dios se revelaba en ese instante como una simple idea volátil, intranscendente en el fondo, una idea que por momentos iba perdiendo su valor.

Siguió por mucho tiempo pensando y hablando sin saber a qué atenerse, sin saborear su sustancia, hasta que un día en que no resistió más gritó ante la nada que había anidado en su corazón. Y, entonces, en el mismo grito algo pareció mostrarse dando vida al silencio inane de las cosas.

Recordó unos versos, corrió a la estantería buscando un libro, y empezó a recitar lentamente y con voz tenue aquella poesía que antes creía haber entendido: “Qué bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche...”

IV

No se acordaba de cuándo había empezado su cuaresma o si alguna vez había vivido fuera de ella. Los recuerdos de su vida estaban teñidos de una bruma agresiva que parecía aislarle de todo y de todos. Siempre con aquellos aullidos a su alrededor que mucho tiempo después la gente empezó a llamar *bullyng*.

Fue a los 23 años cuando un día Juan le sonrió. Y, aunque al principio no supo interpretar aquella sonrisa, aunque tuvo que seguir luchando contra aquellos aullidos que se le habían pegado a la piel por dentro, supo que había puesto un pie en la tierra prometida.

V

Sintió cómo se elevaba en el aire lanzado por una multitud exaltada. Sus ropas litúrgicas parecían perder toda dignidad mientras jugaban con él manteándolo. Y más allá de la inseguridad que le creaba ese estar en el aire sin apoyos, parecía tranquilo, más aún, sonreía contento entregándose a aquel extraño juego. Eran sus amigos los que mostraban su alegría olvidándose de las formas y maneras que parecía dictar el momento y las ropas que todos llevaban.

Por unos segundos desaparecieron todas las preocupaciones que habían agitado su corazón y que lo seguirían habitando seguramente. Y entre los gritos se escuchaba un silencioso aleluya en medio de la cuaresma porque el Señor seguía resucitando en medio de los desiertos del mundo.

VI

Aunque no se atrevía a decirlo en alto, sabía que la vida se estaba agotando en su interior. También sabía que su mujer era consciente de la situación y, aunque ella tampoco lo decía claramente, habían conseguido encontrar la forma de decirse que caminarían juntos y que estarían ahí el uno al lado del otro en lo que tuvieran que vivir.

La terquedad con la que el cáncer no dejaba que encontrara la posición adecuada para descansar o hacer algo sencillo que le entretuviera, el dolor con el que se presentaba a menudo, las energías que le robaba para atender incluso a lo que más le importaba le consumían. Sin embargo, la música de Bach le hacía descansar, entraba en él como un suspiro discreto que reavivaba la promesa de vida que llevaba dentro y que el cáncer no le dejaba encontrar.

Al final su vida se agotó, pero los más cercanos habían contemplado cómo Dios anuncia su resurrección también con unciones musicales.